
Crítica de las Teorías Neoclásicas del Liberalismo Económico

Raúl Prebisch*

"La observación de la realidad me ha persuadido de que esas teorías no nos permiten interpretar, ni atacar, los grandes problemas que derivan de su funcionamiento."

En este ensayo el autor presenta su respuesta a uno de los problemas que más lo han preocupado a lo largo de su dilatada vida de economista. Iniciado como firme adherente de las teorías neoclásicas, la crisis de los treinta y la Segunda Guerra Mundial lo convencieron que no es posible solucionar teórica o prácticamente los problemas de nuestra realidad periférica con las ideas económicas elaboradas en los centros; ese convencimiento fue el punto de partida de un largo proceso de reelaboración teórica, que implica en buena medida su autocrítica.

Son muchos los aspectos de la teoría neoclásica que no lo satisfacen, entre los cuales destacan sus explicaciones sobre la distribución del ingreso, la acumulación de capital, y el papel del mercado en el proceso económico interno y el comercio internacional. Menos aún lo satisface la poca importancia que esta teoría otorga, por ejemplo, a la estructura socioeconómica, a las relaciones de poder internas y externas, al excedente y al retardo histórico del desarrollo periférico.

* Este ensayo apareció hace un cuarto de siglo en Colombia en *Economía Colombiana*, de la Contraloría, tomado de allí textualmente. Su importancia actual es indudable. Un estudio comparado con el siguiente ensayo del emérito economista Isidro Parra-Peña es muy útil y facilita la más fructífera discusión teórica frente al nuevo modelo de *Economía abierta* 1994, ambos de indudable actualidad en América Latina hoy.

Sin embargo, en su crítica del liberalismo económico reconoce y afirma que el fundamento de esa doctrina, la idea de libertad económica, debe ser defendida y aprendida como uno de los mayores logros humanos. Pero su defensa no debe llevar a destruir la libertad política, a asentar la libertad económica en el terreno del autoritarismo. El gran desafío consiste, a su juicio, en armonizar ambas libertades en un tipo de organización social que sea libre y equitativa en lo económico y político. Sigue el texto de Prebisch

I. LAS TEORIAS NEOCLASICAS Y EL DESARROLLO INTERNO

1. La frustración neoclásica

En dos trabajos anteriores hemos tratado de explorar nuevos caminos de interpretación del capitalismo periférico¹. ¿Por qué hacerlo? ¿Por qué no examinar este fenómeno a la luz de las enseñanzas neoclásicas? Y en vez de pensar en transformaciones fundamentales, ¿no estará la solución en adherirse firmemente a tales enseñanzas, en dejar que las fuerzas del mercado actúen sin intervenciones artificiales, a fin de lograr la asignación más eficaz de recursos productivos y la distribución racional del producto así logrado?

Como tengo dicho en aquellos trabajos, fui un neoclásico de hondas convicciones.

Creí, y sigo creyendo, en las ventajas de una competencia y en la eficacia técnica del mercado, y también en su gran significación política. Pero el capitalismo periférico es muy diferente de todo eso. Y la observación de la realidad me ha persuadido de que esas teorías no nos permiten interpretar, ni atacar, los grandes problemas que derivan de su funcionamiento.

He realizado un esfuerzo para escapar a esas teorías y explicar con independencia intelectual los fenómenos del desarrollo periférico; y al tratar de hacerlo he encontrado grandes resistencias, y las sigo encontrando.

Los neoclásicos trataron de sistematizar y dar consistencia lógica a las ideas medulares de sus precursores clásicos. Formularon así su gran concepción doctrinaria del equilibrio económico y la interdependencia de todos los elementos que intervienen en el juego de la economía.

Como alguna vez recordé durante mi juventud estas teorías me sedujeron por su precisión y elegancia matemática. Y también por su fuerza persuasiva. Demostraban, en efecto, que el libre juego de las fuerzas de la economía, sin interferencia alguna, llevaba a la mejor utilización de los factores productivos en beneficio de toda la colectividad, tanto en el campo internacional como en el desarrollo interno. Y

¹ Véanse "Crítica al capitalismo periférico", Revista de la CEPAL, No. 1, Primer semestre de 1976, y "Estructura socioeconómica y crisis del sistema", Revista de la CEPAL, No. 6, Segundo semestre de 1978.

había en ellas, además, un elemento ético subyacente que, sin duda alguna, ha contribuido a su prestigio intelectual.

Pero en su búsqueda de rigor, en el desdén que sus edeptos manifestaban por los que llamaban, en aquellos tiempos pasados, economistas literarios, lograron descartar de sus razonamientos elementos importantes de la realidad social y política, de la realidad cultural y también del desenvolvimiento histórico de las colectividades.

Y al desplegar un esfuerzo pertinaz de asepsia doctrinaria, desarrollaron sus razonamientos en el vacío, fuera del tiempo y del espacio. Si cuando fueron elaborados parecían representar un avance científico significativo, considerados a la luz de la evolución capitalista entrañan una verdadera aberración científica, sobre todo cuando tratan de interpretar los fenómenos de la periferia. Contienen esas teorías, de todos modos, elementos positivos que en forma alguna deberían desdeñarse.

No me sorprende el encandilamiento neoclásico de un pléyade de economistas latinoamericanos que, adoctrinados en ciertas escuelas de los centros, tratan ahora de aplicar sus enseñanzas a la praxis del desarrollo periférico. Y comprendo también su repudio a intervenciones que, lejos de corregir aquellas fallas del sistema, suelen volverlas más perturbadoras y llevan con frecuencia a su perversión burocrática.

Si los economistas neoclásicos se limitarán a elevar sus construcciones en el

mundo etéreo, pero sin pretender que ésta es la realidad, ello constituiría un respetable esparcimiento intelectual, admirable a veces por el virtuosismo de algunos de sus eminentes expositores allende los mares. Pero muy otra es la situación cuando en estas tierras periféricas se pretende explicar el desarrollo prescindiendo de la estructura social, del retardo histórico del desarrollo periférico, del excedente y de todas las características del capitalismo periférico de que me he ocupado en los artículos mencionados. Pues resulta entonces claro y convincente que el juego espontáneo de la economía no puede conducir al equilibrio.

Se explica la capacidad de supervivencia intelectual de las teorías neoclásicas, sobre todo cuando su rigor lógico se demuestra mediante el sistema de ecuaciones que introdujeron a su tiempo Walras y Pareto, punto de partida de la evolución ulterior de tales teorías. Conviene recordarlo en estos momentos cuando surgen esos retoños vigorosos en algunos países latinoamericanos.

Deploro de veras que no pudiéramos valernos de aquellas doctrinas. Sería maravilloso dejar que las fuerzas de la economía lleven espontáneamente a la eficacia y equidad del sistema, con prescindencia del empeño deliberado y muy complejo de obrar sobre ellas. Más aún, confieso que estaría dispuesto a justificar transitoriamente ciertos sacrificios colectivos si con ello despejáramos

en forma definitiva los obstáculos que se oponen al desarrollo.

Pero no es así, y siento la necesidad intelectual -y la responsabilidad moral- de presentar las razones que me han llevado a abandonar la ortodoxia². Pero sigo siempre dispuesto al diálogo y lo procuro ansiosamente. Y no vacilaría en reconocer mi descarrío, capitular y enmendarme, si del diálogo surgieran motivos valederos para hacerlo.

Las razones por las cuales no concuerdo, desde hace mucho tiempo, con las teorías neoclásicas conciernen a la distribución del ingreso, la acumulación de capital, y al papel del mercado en lo referente al desarrollo interno y al intercambio internacional; tema este último que será materia de discusión en la segunda parte de este mismo artículo. Si bien supongo, y creo que fundadamente, que esas teorías también están lejos de explicar los fenómenos del desarrollo capitalista de los centros, me ceñiré exclusivamente a la periferia, ante todo porque creo conocerla mejor, y acaso por no tener que luchar en dos frentes simultáneamente, riesgo del que, desde luego, no estaría exento.

Abordaremos ahora el examen crítico de las teorías neoclásicas frente a la realidad del desarrollo periférico.

2. El sistema y su equilibrio general

Recuérdese, ante todo, el principio básico de la teoría neoclásica, según el cual el sistema económico, dejado a su juego libre y espontáneo en un régimen de absoluta competencia, tiende a una posición de equilibrio general donde la remuneración de cada factor productivo está determinada por su producto marginal respectivo, y el precio de los bienes por su utilidad marginal. El producto marginal representa, como se sabe, la cantidad adicional de producto que se obtiene al añadir una unidad más del factor considerado.

Ello significa que, cualquiera sea la productividad, la fuerza de trabajo de igual calificación tendrá una misma remuneración. Para que esto se cumpla es esencial la competencia, tanto entre los empresarios que emplean fuerza de trabajo como entre los integrantes de esta última en su afán de conseguir empleo. ¿Cómo actúa la competencia en el movimiento del sistema hacia el equilibrio? Para responder a esta pregunta conviene examinar el fenómeno dinámico siguiendo el método de razonamiento neoclásico.

Como quedó explicado en los trabajos anteriores ya citados, gracias a la acumulación de capital en el curso del desarrollo se superponen continuamente nuevas capas técnicas de creciente productividad, con la

2. No se interprete, como a veces suele creerse, que este hecho es reciente. En realidad, mi emancipación comenzó durante la gran depresión mundial, cuando hube de echar por la borda mucho de lo aprendido y también enseñado como joven profesor universitario.....

correspondiente demanda de fuerza de trabajo. La oferta proviene de la fuerza de trabajo empleada en capas técnicas precedentes, así como de la que busca empleo al llegar a la edad activa.

En ellos se dijo también que, en el capitalismo periférico, mientras la demanda de fuerza de trabajo es relativamente limitada por la insuficiente acumulación de capital, la oferta es relativamente abundante, tanto por la gran proporción de fuerza de trabajo empleada en capas técnicas de baja productividad, cuanto por su fuerte ritmo de crecimiento. No es abundante, desde luego, cuando se trata de las calificaciones cada vez más elevadas que requiere la propagación de la técnica y el avance del desarrollo.

Así pues, por grande que sea la diferencia entre la productividad media de las nuevas capas técnicas y la productividad marginal de la fuerza de trabajo de escasas calificaciones, o sin calificación alguna, empleada en las capas técnicas más bajas, será muy reducido el ascenso de las remuneraciones. Dicho en otra forma, cuanto menor sea la productividad marginal de la fuerza de trabajo empleada en las capas técnicas inferiores, tanto más difícil le será a la fuerza de trabajo de iguales calificaciones, absorbida en capas técnicas superiores, elevar su productividad marginal y sus remuneraciones en forma correlativa al aumento de su productividad media, debido a la competencia regresiva de la fuerza de trabajo que queda en las capas de escasa

productividad, así como a su crecimiento vegetativo.

Es evidente que esa competencia regresiva va disminuyendo a medida que la demanda de fuerza de trabajo requiere calificaciones donde la oferta es cada vez más limitada conforme se sube en su escala. Y crece de esa manera la aptitud de la fuerza de trabajo para elevar su productividad marginal conforme al aumento de la productividad media.

El aumento de productividad que no se traslada a la fuerza de trabajo queda transitoriamente en las empresas en forma de ganancia. Recuérdese de paso este carácter transitorio de la ganancia en el razonamiento neoclásico en contraste con la persistencia del excedente en nuestro razonamiento.

Pues bien, el incentivo de la ganancia lleva a las empresas que la obtuvieron a acrecentar la producción, e induce asimismo a otras empresas a hacer otro tanto introduciendo esas nuevas capas técnicas. Esta competencia entre empresas se traduce, desde luego, en incremento de la demanda general de fuerza de trabajo; y en la medida en que la oferta es relativamente abundante e impide el aumento correlativo de las remuneraciones, el aumento de la producción significará el descenso de los precios hasta que el producto marginal y la remuneración se igualen en la posición de equilibrio. La ganancia

entonces habrá desaparecido y sólo quedará la remuneración empresarial.

Esta es una conclusión de máxima importancia en la teoría neoclásica, pues significa que la mayor productividad se traslada, ya sea mediante el alza de remuneraciones -según la aportación productiva de cada cual, conforme a sus calificaciones- ya sea mediante la disminución de los precios en la medida en que lo anterior no ocurre, difundiendo así a través de toda la colectividad los frutos del desarrollo.

Compréndese de esta manera lo dicho en otro lugar, a saber, que en las teorías neoclásicas había un sentido subyacente de equidad, salvo el fenómeno especial de la renta del suelo. De todos modos, en este último caso, la equidad podría lograrse mediante el impuesto, sin perturbar el equilibrio del sistema.

Aspecto esencial de esa ética lo constituye el concepto de transitoriedad de la ganancia, que es diferente del concepto de remuneración de las tareas empresariales.

La remuneración también está sujeta al principio de la productividad marginal en un régimen de competencia. Cuando, según antes se dijo, la ganancia hubiera desaparecido en la posición de equilibrio, quedaría la remuneración empresarial.

Como bien se sabe, los neoclásicos hacen un distingo claro y neto entre la función empresarial y la propiedad de los

medios productivos, estén unidos o no en la práctica. Desde el punto de vista conceptual es muy importante este distingo, pues en la posición de equilibrio general, los propietarios del capital no tienen ganancia, sino interés del capital. Punto éste que consideraremos más adelante.

El razonamiento es correcto, pero ignora el fenómeno del excedente y el de las relaciones de poder.

3. Las teorías neoclásicas y el excedente

Parece innecesario extenderse acerca del fenómeno estructural del excedente que ha sido analizado en detalle en los trabajos ya mencionados. Sólo parecería oportuno recordar algunos puntos esenciales que difieren fundamentalmente del razonamiento neoclásico.

Ante todo, el fruto de la mayor productividad no se traduce en la disminución de los precios, en la medida en que no se hubiera trasladado a las remuneraciones de la fuerza de trabajo, sino que queda en manos de los propietarios de los medios productivos en forma de excedente.

Y no se ha registrado tal tendencia a la disminución de los precios en el desarrollo periférico, a pesar del continuo aumento de la productividad. El excedente queda en manos de los propietarios y tiende a persistir en ellas debido a que, por la dinámica misma del proceso productivo, el aumento de ocupación necesario para acrecentar la producción futura genera un acrecentamiento presente de ingresos, de

donde surge el incremento de demanda que permite absorber el incremento de productividad. Sin ello la competencia entre empresas haría bajar los precios como suponen los economistas neoclásicos.

Los sucesivos incrementos de demanda que acompañan a los incrementos de productividad se van sumando y circulan incesantemente en el sistema. No se evaporan. Sólo una parte se transfiere a la fuerza de trabajo y el resto va acrecentando el excedente global.

Síguese de aquí una conclusión de la mayor importancia. El concepto de excedente es similar de ganancia, puesto que uno y otro se originan en el aumento de productividad, pero en tanto que la ganancia tiende a desaparecer, según los razonamientos neoclásicos, el excedente global es persistente.

El excedente global está sujeto a dos movimientos contrarios. Por un lado, crece por nuevos aumentos de productividad: por el otro, decrece al mejorar de una u otra manera la capacidad de comportamiento de la fuerza de trabajo en sus diversas formas.

El excedente global que resulta de estos dos movimientos tiende a crecer continuamente con un ritmo superior al del producto global. Si esa capacidad de comportamiento adquiere vigor y lleva al excedente a crecer menos que el producto, el sistema reacciona mediante el alza de los precios con muy serias consecuencias, que, tarde o temprano, llevan a su crisis.

4. La posibilidad de un equilibrio dinámico

El sistema tiende pues a su crisis y no al equilibrio dinámico que supone la teoría neoclásica, aunque se cumpla sin restricción alguna la libre competencia. Es conveniente subrayarlo, pues los economistas neoclásicos suelen atribuir las grandes fallas del sistema al entorpecimiento o eliminación de la competencia -tanto entre empresarios como en lo que atañe a la fuerza de trabajo- como a las intervenciones arbitrarias del Estado.

La causa fundamental de esa crisis radica en que el potencial de acumulación del excedente se desperdicia en la sociedad privilegiada de consumo, y en la succión exterior. Si se dedicara a la acumulación, en un régimen de capitalismo austero, podría concebirse la posibilidad de un cierto equilibrio dinámico.

Expliquémoslo brevemente. Gracias a la más intensa acumulación iría debilitándose la tendencia del sistema a excluir los estratos inferiores. En efecto, las capas técnicas de bajo producto marginal, donde se encuentran esos estratos, tenderían a eliminarse, y las que se encuentran inmediatamente por encima ocuparían el lugar de las primeras. Al continuar en esta forma el proceso se irían estrechando las diferencias entre capas técnicas y, en consecuencia, las diferencias de productividad. Y a medida que esto aconteciera, el equilibrio del sistema se iría logrando más por el

aumento del producto marginal y de las remuneraciones que por el descenso de los precios.

Se concibe de esta manera un momento en que toda la fuerza de trabajo estaría empleada con elevada productividad en capas técnicas superiores. Se habría llegado entonces a cierta homogeneidad de la técnica, gracias a la acumulación de capital, después de un período de transición más o menos prolongado. Homogeneidad, pero no detención del proceso, pues continuarían superponiéndose nuevas capas técnicas y se necesitaría acrecentar incesantemente la acumulación de capital para absorber la fuerza de trabajo empleada en las capas precedentes y el incremento de esta fuerza, o sea, para que el sistema no vuelva a la heterogeneidad social.

Al elevarse la productividad marginal y las remuneraciones en la forma explicada, el excedente tendería a desaparecer; se iría devorando a sí mismo en el juego irrestricto de la competencia. Si bien los economistas neoclásicos de la periferia no suelen tener manifiestas preocupaciones dinámicas, ni por estos molestos fenómenos de heterogeneidad, no me cuesta creer que acaso tengan en su mente una imagen semejante. Explicaríase así su convicción de que si se dejase obrar libremente al sistema, sin interferencia alguna, esto llevaría a resolver los problemas fundamentales del desarrollo periférico. Tanto más cuanto suponen que, en el proceso, el sistema se iría aproximando a

aquella ética distributiva de la que algo ya se dijo.

5. El sistema no tiende a su equilibrio

Pero muy lejos está esto de la realidad periférica. No sólo porque el capitalismo de la sociedad privilegiada de consumo no es austero, sino por otra razón de primordial significado en la dinámica del sistema, que pasamos a recordar.

En efecto, el excedente no tiende a desaparecer, sino a crecer más que el producto. Este crecimiento permite a la vez imitar cada vez más el consumo de los centros y seguir acumulando en la medida necesaria para que continúe este proceso bajo el imperio de las leyes del mercado.

Sin embargo, conforme ello sucede, las mutaciones de la estructura, social van acompañadas del fruto de la productividad por la fuerza de trabajo desfavorecida por aquellas leyes. Este poder se contrapone al poder de los estratos superiores en detrimento del excedente global. Y se llega así a un punto en que este último tiende a crecer menos que el producto global. Es el punto en que, como bien sabemos, los empresarios reaccionan con el alza de los precios para resarcirse. La inflación se vuelve de esta manera inherente al sistema en el curso de las mutaciones estructurales, y lleva, tarde o temprano, al empleo de la fuerza para restablecer la dinámica del excedente.

El sistema no funciona si el excedente no crece con un ritmo por lo menos igual al

del producto; no tiende pues a su equilibrio dinámico como podría deducirse de las abstracciones del razonamiento neoclásico.

6. Distribución y relaciones del poder

En la agrupación del excedente se encuentra el origen de las grandes desigualdades distributivas del capitalismo periférico. Continuamos ahora nuestra crítica a la distribución neoclásica.

Decíamos en otro lugar que cuanto más elevadas fueran las calificaciones exigidas por la penetración de la técnica tanto más se estrechaba la diferencia entre demanda y oferta, y se acentuaba la aptitud de la fuerza de trabajo para participar en los frutos de aquella.

Pero si bien se reflexiona, no todo es espontaneidad en este fenómeno, pues en la formación de las calificaciones tiene gran influencia el poder social que permite, a quienes están mejor situados en la estructura económico-social, tener acceso efectivo a las oportunidades de formación en las cuales gravita, además, el poder político.

Es cierto que en igualdad de oportunidades de formación se presentan grandes diferencias según la capacidad y el dinamismo de los individuos y, por tanto, en su aptitud de movilidad social.

De todos modos existe en las remuneraciones un elemento de privilegio. Además, es indudable que el incentivo de las

remuneraciones constituye un poderoso estímulo para encarar el esfuerzo formativo. Y en consecuencia hay también un cierto sentido ético en el razonamiento neoclásico que atribuye esas remuneraciones a la aportación de los individuos al proceso productivo. En última instancia el mercado discierne sus méritos, pero en la posibilidad real de realizar este esfuerzo de formación existe un elemento de privilegio social.

En cuanto a las remuneraciones, la fuerza de trabajo con débil capacidad de compartimiento del fruto de la mayor productividad, según las leyes del mercado, no tiene otro medio de mejorarlo que su poder sindical y político. Que esto lleve a la arbitrariedad, no caben dudas; pero también es arbitrio el excedente.

Por cierto que ese poder redistributivo de la fuerza de trabajo significa que sus remuneraciones pueden ser superiores a las productividades marginales, aunque no a su productividad media, salvo cuando se traspone el límite mencionado en la dinámica del excedente. Pero también lo es este último y en muy alto grado.

Suele atribuirse, por lo menos en parte, la responsabilidad de los males del sistema a la intervención sindical que distorsiona las leyes del mercado en menoscabo del equilibrio del sistema. El poder sindical es, en última instancia, la contrapartida de la concentración capitalista y la captación del excedente. No quisiera subestimar el valor intelectual de los autores neoclásicos de los centros -que los hay muy eminentes-,

atribuyéndoles la actitud simplista de abominar del poder sindical. Pero ese simplismo suele aparecer en algunos neoclásicos de la periferia, quienes no vacilan en sostener que la desocupación es la consecuencia de la arbitraria intervención sindical o política que impide a los salarios descender a su nivel natural de equilibrio.

En conclusión, el fruto del progreso técnico no se atribuye según la productividad marginal, como lo suponen las teorías neoclásicas, sino principalmente por el poder de los distintos grupos sociales. Y como el fuego de las relaciones de poder no responde a principio regulador alguno, lejos de llevar al equilibrio dinámico del sistema, conduce a la crisis del mismo con el andar del tiempo. Se trata, esencialmente, de una crisis distributiva.

7. La acumulación de capital y la tasa de interés

Hemos sostenido que el excedente, por su continuo crecimiento, constituye la fuente primordial de acumulación de capital. Compréndese, pues, que este fenómeno estructural del excedente trastorne las abstracciones neoclásicas en materia de acumulación. Como según ellas la ganancia era un fenómeno transitorio, y el fruto de la mayor productividad tendía a difundirse, debía imaginarse un mecanismo que permitiera recoger en toda la colectividad el ahorro necesario para la acumulación. Tal es el mecanismo de la tasa de interés. El movimiento de la tasa estimularía el ahorro en la medida necesaria para

introducir nuevas técnicas de creciente productividad; y como su fruto se difundirá entre todos, todos se encontrarían en condición de participar en el proceso acumulativo en la medida que estuviera dispuesto a posponer el consumo presente.

La tasa de interés, en la posición de equilibrio, está dada por la coincidencia entre la aportación al producto de una unidad marginal de capital y la oferta marginal de ahorro que responde a la tasa de interés en esa posición.

Podría inferirse de la teoría neoclásica que no hay privilegio alguno en la propiedad del capital, pues dada la difusión de los frutos del progreso técnico, el interés remunera a quienes acumulan capital absteniéndose del consumo presente.

Mucho se ha discutido acerca del papel del tipo de interés, pero no parece necesario detenernos sobre este punto, pues no se cumple en esta forma la mayor parte de la acumulación de capital de las empresas.

La acumulación proviene principalmente del excedente, sea en forma directa o indirecta. En el capitalismo, la fuerza de trabajo en cuanto ahorra, no lo hace para acumularse en las empresas, sino, principalmente, en diversas formas de capital consuntivo.

Pues bien, la acumulación del excedente en las empresas no se realiza por el incentivo de la tasa de interés. El incentivo es mucho mayor y está determinado por el

mismo excedente que se espera de la introducción de nuevas capas técnicas. Y este incentivo podría tener un efecto dinámico considerable en la acumulación si no hubiera un incentivo contrario, el que favorece la imitación del consumo de los centros.

Desde otro punto de vista, si el excedente y la gran desigualdad distributiva que representa explican el desenvolvimiento de la sociedad del consumo, ello no significa que una redistribución equitativa del ingreso vaya a resolver el problema de la acumulación mediante el juego de la tasa de interés. Creo que la propensión al consumo es muy fuerte en toda la estructura social; y si en los estratos superiores esta propensión está fuertemente incluida por la imitación de los centros, en el otro extremo de la estructura, en los estratos inferiores, la creciente propensión a consumir, cuando aumenta el ingreso, se explica principalmente por las privaciones de la sociedad de infraconsumo.

No carecen de razón quienes sostienen por ello que la redistribución del ingreso tendría efectos adversos a la acumulación, lo que les lleva a exaltar el papel social de quienes captan el excedente. Todo lo cual se ajusta muy bien a un sistema basado en la irracionalidad de este fenómeno desde el punto de vista del interés colectivo. El problema consiste, pues, en captar en otra forma el excedente para distribuirlo equitativamente y elevar al mismo tiempo el ritmo de acumulación. Pero no nos anticipemos, que mucho resta por decir antes de llegar a este punto.

Otro papel importante del tipo de interés sobre el que insisten tenazmente los neoclásicos es el de orientar eficazmente la elección de técnicas. Aunque estimo, dicho sea de paso, que las opciones técnicas son más bien limitadas; pero esto no afecta al argumento considerado.

Siempre, según los neoclásicos, habría una gran distorsión al elegir las opciones técnicas, debido a la "manipulación" de la tasa de interés y al entorpecimiento o supresión de la competencia en la determinación de las remuneraciones. La autoridad monetaria, alega el argumento, llevada por fines expansivos, suele fijar un tipo de interés inferior al que corresponde a las leyes del mercado, y ello estimula formas de inversión que exageran la economía de fuerza de trabajo utilizando más capital que el que justificaría el mercado. Haya o no "manipulación", se olvida el excedente. Por otro lado, el poder sindical de la fuerza de trabajo tiende a incrementar sus remuneraciones por encima de su producto marginal. Así pues, se falsean las leyes del mercado y ello no permite escoger las opciones técnicas que responden a un concepto estricto de economicidad. Si no se diera el fenómeno estructural del excedente, si la distribución fuera como la imaginan los economistas neoclásicos y si la acumulación estuviera regida por el tipo de interés, tendrá validez este razonamiento. Pero es evidente que no es así como funciona el sistema.

8. El papel regulador del mercado

Esto nos lleva por último al concepto del mercado en las teorías neoclásicas. Como he afirmado en otro lugar, el mercado no sólo carece de horizonte social -de un horizonte de equidad-, sino también de un horizonte temporal.

Constituye un gran error de las teorías convencionales atribuir al mercado el papel de supremo regulador de la economía. Dista mucho de serlo lo cual no significa que carezca del valor que las mismas teorías le atribuyen, es decir, de poner en contacto productores y consumidores. Que estos últimos suelen estar influidos por perturbadores fenómenos de sugestión colectiva, no hay duda alguna; pero ello se explica en gran parte por la existencia de privilegios distributivos que se trata de explotar. Como quiera que sea, la decisión final de los consumidores es de decisiva importancia en la conducta de las empresas.

Trátase de argumentos muy conocidos que justifican plenamente la supervivencia del mercado como instrumento técnico y también por su significado político. Si se suprimiera el mercado, las decisiones acerca de lo que se ha de producir y consumir serían tomadas exclusivamente por quienes están en la cúspide del organismo de planificación, lo que implicaría muy serias consecuencias políticas.

Ahora bien, no debe confundirse el mercado con los factores que lo impulsan

desde atrás, ni debe exigirse lo que no es capaz de dar. El mercado no puede modificar la estructura social de donde surgen las relaciones de poder que en gran parte determinan la distribución del ingreso, ni tampoco puede determinar el ritmo necesario de acumulación. Pero si éstas y otras grandes fallas se corrigiesen con sentido de equidad y previsión, el mercado se convertiría en un mecanismo eficaz en la asignación de los recursos productivos.

II. LA SIGNIFICACION DE LAS TEORIAS NEOCLASICAS EN EL PLANO INTERNACIONAL

1. Consideraciones generales

Para comprender los razonamientos neoclásicos en el plano internacional, siempre debe tenerse presente la significación del mecanismo equilibrador de los precios en un régimen de libre competencia. Recordemos pues este supuesto fundamento relativo a la distribución del fruto del progreso técnico, ya sea por el aumento de las remuneraciones o la disminución de los precios. No importa que debido a la competencia regresiva de la fuerza de trabajo de capas técnicas inferiores, sus remuneraciones no suban correlativamente a la productividad, pues en la medida en que ello no ocurre, la competencia entre empresas hará bajar los precios hasta que el fruto residual se transfiera a toda la colectividad.

Trasladado este razonamiento a las relaciones centro-periferia, comprobaría-

mos que las consecuencias de las considerables diferencias de productividad resultantes de las grandes disparidades estructurales se resolverían también mediante el mecanismo de los precios. El fenómeno del estrangulamiento exterior de la periferia desaparecería espontáneamente si se dejaran actuar las leyes del mercado. En efecto, si la menor productividad periférica impide a sus exportaciones industriales competir en los centros es porque los salarios son superiores a la productividad. En consecuencia, si se les deja descender a su posición de equilibrio, las industrias que no eran competitivas llegarán a serlo. Pero esto no es todo. Pues el descenso de los salarios también haría disminuir los precios en las actividades exportadoras que ya eran competitivas. Tal sería la eficacia de la devaluación monetaria como instrumento equilibrador de acuerdo con el razonamiento neoclásico.

Si se extremara este razonamiento, podría también llegarse a la conclusión de que el descenso de los precios en dichas actividades exportadoras difundiría sus ventajas a toda la colectividad internacional. Sin embargo, para que este razonamiento fuese correcto habría que demostrar que el mecanismo de los precios lleva también a difundir a toda la colectividad internacional el fruto de la creciente productividad de los centros, y esto en la medida en que no se hubiera traducido en aumento correlativo de las remuneraciones. Pero no sucede así.

De todos modos, no basta que la periferia pueda volverse competitiva en sus productos industriales para que se corrija la tendencia al estrangulamiento, pues también es necesario que los centros abran las puertas a esta competencia. Pero ello no ocurre así. El poder de las empresas y de la fuerza de trabajo se conjugan para impedirlo.

El hecho de que la periferia pueda recurrir a las consabidas leyes del mercado en su empeño por resolver ese problema, no tendría por cierto la virtud de lograr que los centros hagan otro tanto.

Como se recordará, los centros oponen grandes obstáculos y las importaciones de aquellas manufacturas en las que la periferia ha alcanzado, o puede alcanzar, condiciones competitivas. Se trata generalmente de manufacturas cuya demanda crece con relativa lentitud y que suelen quedar al margen de la política de liberación del intercambio.

Por el contrario, esta política se ha aplicado a los bienes industriales técnicamente avanzados, donde se manifiestan incesantemente las innovaciones técnicas. En estos bienes, el comercio exterior de los centros ha crecido extraordinariamente y aquí la periferia ha participado en forma relativamente débil, no obstante la liberalización. Las transnacionales prefieren invertir en los mismos centros para conseguir y llevar a la práctica dichas innovaciones, aunque también es cierto que invierten en aquellos

países periféricos que las atraen con diversas facilidades. Pero lo hacen por lo general para producir bienes que en los centros van dejando su lugar a otros más avanzados, resultantes del progreso de las innovaciones. Las transnacionales no tienen interés, por eso mismo, en exportarlos a los centros, por cuanto más les conviene ampliar el mercado para esos nuevos bienes exportando a la periferia.

Compréndase así que, aunque esta última disminuya sus precios mediante devaluaciones o subsidios, sus efectos positivos serán muy limitados en lo que atañe a los centros.

Por lo demás, la resistencia de empresarios y trabajadores a que las transnacionales importen tales bienes es notoria, y ello con seguridad constituye un motivo adicional para que las transnacionales no demuestren en esto el empuje que las caracteriza.

Otra vez encontramos aquí las consecuencias de la disparidad estructural. Ni las transnacionales están interesadas en internacionalizar la producción en que más se manifiesta la dinámica de las innovaciones, ni la periferia dispone de las condiciones técnicas y económicas para hacerlo. Y cuando ha obtenido esas condiciones en los bienes técnicamente menos avanzados, los centros obstaculizan sus importaciones.

Estoy tratando de explicar estos hechos con la mayor objetividad posible. Considero, sin embargo, que a pesar de todo los centros hubieran podido iniciar una política de desplazamiento industrial que abriera progresivamente sus mercados a esas importaciones donde la periferia alcanzó condiciones técnicas satisfactorias. Pudo haberse esperado una política semejante durante aquellos prolongados años de prosperidad que procedieron la crisis de 1973. Pero no lo hicieron así.

En cambio, no es infrecuente que todavía sigan criticando el concepto mismo de sustitución de importaciones en la periferia, y señalen con insistencia el papel primordial de las transnacionales en la internacionalización de la producción periférica.

Subrayo estos hechos con profunda preocupación, pues ellos demuestran que los centros, con muy pocas excepciones, siguen mirando los grandes problemas de la periferia bajo un prisma de intereses inmediatos y circunstanciales. No demuestran una visión a largo alcance, una concepción audaz y realista a la vez de sus responsabilidades planetarias. ¡Sólo se mueven por espasmos durante las crisis periféricas!

Todo ello es muy grave, aunque ahora más explicable que hace pocos años frente a la complicación de sus propios problemas. Pero en cambio no es tan fácilmente comprensible que en la periferia la dogmática del neoclasicismo haya trastrocado la

interpretación de esta realidad que tanto afecta a sus intereses fundamentales. Se abomina de la sustitución de importaciones como si para exportar manufacturas bastara la simple intención de hacerlo, y como si los centros industriales estuvieran ansiosos por recibirlas. Que en algunos casos la protección haya sido exagerada, que se hayan cometido muchos errores, no cabe duda alguna. Pero hay que distinguir entre la irracionalidad de la protección y la racionalidad de la sustitución de importaciones. La sustitución fue en realidad una imposición de las crisis de los centros, y mucho me temo que las dificultades por las cuales atraviesa la periferia vuelven a imponer nuevas sustituciones cuando, contrariamente a lo que antes ocurría, se dispone ahora de un considerable potencial de exportación industrial. Hay que perseverar en el empeño de persuadir a los centros. Pero también tenemos que convencernos a nosotros mismos que en el empleo de ese potencial bajo nuevas formas de comercio recíproco entre países periféricos, se encuentra una solución fundamental del problema del estrangulamiento exterior.

Dos motivaciones diferentes suelen tener las teorías económicas. Por un lado, el empeño de interpretar científicamente los fenómenos de la realidad; por otro, la búsqueda y adhesión a ciertos principios que se conforman a determinados intereses económicos o políticos. No siempre es fácil desentrañar esas motivaciones que están frecuentemente combinadas entre ellas en forma inextricable. Así, la teoría clásica del

comercio internacional tiene validez científica dentro de ciertos supuestos, pero también ha servido para formular aquel pretérito esquema de la división internacional del trabajo que responde a intereses dominantes tanto en el centro como en la periferia. Y ha servido así durante mucho tiempo para oponerse a la industrialización deliberada de la periferia en nombre de las leyes del mercado.

Ya hemos aludido, en otros trabajos, cómo se recurre a estas leyes para justificar la presente constelación de intereses en las nuevas relaciones centro-periferia, y especialmente en torno a las transnacionales. De todos modos, no podríamos omitir un breve comentario acerca de las leyes del mercado en materia de productos primarios.

Desde los primeros escritos de la CEPAL nos hemos esforzado por explicar la debilidad de tales productos para retener el fruto de sus aumentos de productividad. No se trata de una ley natural que afecte intrínsecamente a estos productos, de una ley inmanente en su futuro desenvolvimiento, sino de la estructura social de la periferia y su relación con la estructura de los centros. Recordémoslo sucintamente. Los bienes primarios se caracterizan generalmente por la baja elasticidad en el ingreso de la demanda, de tal manera que cuando aumenta su productividad y la oferta crece más allá de ciertos límites, los precios tienden a disminuir. Si la remuneración de la fuerza de trabajo pudiera captar para sí

el incremento de productividad (como lo captan los propietarios cuando la tierra es relativamente escasa), no habría tal descenso, sin olvidar otros factores que pueden influir en el mismo sentido. Pero no sucede así debido a la gran proporción de fuerza de trabajo en capas técnicas inferiores cuya competencia regresiva impide que las remuneraciones se eleven correlativamente al aumento de productividad. Se deteriora así la relación de precios con otros bienes internamente, y también en el ámbito internacional, cuando se trata de bienes exportables. Ocurre así necesariamente en el juego de las leyes del mercado cuando no se las interfiere de una u otra forma.

Los centros se han opuesto por lo general a estas interferencias, cuando concierne a bienes que se refieren especialmente a la periferia, si bien su actitud en este sentido ha sido menos negativa durante los últimos tiempos. Pero cuando afecta a sus propios productos, no vacila en violar las leyes del mercado; así, hemos visto restringir, en algunos casos deliberadamente, la producción para mejorar los precios de ciertos bienes en el mercado internacional, mientras que en otros se defendían los precios internos de la rebaja internacional apelando a diversas formas de "manipulación" o compensación.

Si bien se mira, los centros invocan las leyes del mercado cuando la disminución de los precios no afecta a su propia producción. Aceptan entonces con beneplácito el deterioro de la relación de precios de ciertos

bienes cuya productividad aumenta. Más aún, para lograrlo aconsejan la introducción de nuevas técnicas, así como aconsejan la devaluación como medio para lograr el equilibrio exterior. Sólo que, frente a los efectos de esta medida, sacan ventaja de la rebaja de los precios en los bienes exportables que no necesitaban devaluación alguna, mientras resisten las importaciones de los bienes donde la devaluación les permite ser competitivos.

Los centros saben defender sus propios intereses. No podría censurárseles esa actitud mientras no haya una política mundial de desarrollo. Pero de todos modos constituye una flagrante contradicción invocar, en un caso, las leyes del mercado, y en otro, olvidarse de ellas. Contradicción, sin embargo, que no deja de serles útil en la práctica mientras siga habiendo en la periferia quienes continúen creyendo en la eficacia reguladora de las leyes del mercado. Sólo que en este caso la adhesión a las leyes del mercado no suele ser compatible con los intereses del desarrollo periférico.

A la luz de lo que acaba de exponerse, se justifica examinar más pormenorizadamente los problemas allí mencionados. Comenzaremos por la tendencia persistente al desequilibrio exterior.

2. La tendencia al estrangulamiento exterior y la corrección espontánea

El crecimiento del ingreso global que el desarrollo trea aparejado, bien lo sabe-

mos, va modificando la composición de la demanda en favor de los bienes industriales que de continuo se diversifican en los centros. Plantéase así una opción de gran relevancia; obtener esos bienes aumentando las exportaciones de productos primarios y poder así importarlos o producir internamente esos bienes.

Para la teoría neoclásica el problema es muy simple: confiar su solución a las leyes del mercado. Es cierto que la producción interna está en desventaja con los centros por el mismo retardo del desarrollo. Déjese entonces a las leyes del mercado deprimir los salarios hasta alcanzar la economía de la producción. El descenso de los salarios también estimulará la expansión de las exportaciones, y en esta forma el mercado determinará espontáneamente en qué medida el crecimiento de la demanda se satisfará con aumento de importaciones y en qué medida con incremento de la producción interna mediante la industrialización espontánea.

Desde el punto de vista de la praxis del desarrollo el problema podría plantearse en estos términos escuetos. ¿Cómo industrializarnos? Dejar que las fuerzas del mercado compensen con la rebaja de salarios las diferencias de costos de los bienes industriales entre los centros y la periferia, o acudir a la protección para lograr este efecto. La protección, desde luego, contradice las teorías convencionales del comercio internacional, pero no porque éstas carezcan de rigor lógico, sino porque

ignoran las consecuencias de disparidad estructural en el esquema centro-periferia.

Formuladas estas afirmaciones, se hace forzoso examinar en un plano teórico las consecuencias de estas disparidades. Hagámoslo primero considerando el conjunto de la periferia en sus relaciones con los centros.

Conviene comenzar aludiendo al bien conocido fenómeno de la diferencia elasticidad ingreso de la demanda, a la que seguiremos atribuyendo gran importancia. La elasticidad ingreso relativamente baja de los productos primarios en general, comparada con la de los bienes industriales en continua diversificación, constituye uno de los elementos de la debilidad congénita de la periferia.

En efecto, si las exportaciones primarias crecen más allá de lo que corresponde al crecimiento del ingreso de los centros, sus precios tienden a bajar y este descenso compensa, total o parcialmente, el efecto del mundo de la cantidad en el valor global de las exportaciones o, lo que es peor, llega a disminuir este valor global.

3. Devaluación y protección

Esta idea aparece en el fondo del razonamiento en favor de la protección. Pues si bien es cierto que ésta significa producir a costos más elevados aquello que podría conseguirse a costos más reducidos comprando en el exterior, no lo es menos que

alentar las exportaciones primarias más allá de cierto punto, ocasiona una baja de precios que puede ser mayor que el quebrando debido a esa diferencia de costos.

Todo ello depende de la relación de elasticidades. Por un lado, la elasticidad precio de la demanda de exportaciones más allá del límite impuesto por el crecimiento del ingreso de los centros; y, por otro, la elasticidad costo de la oferta de producción sustitutiva. Veamos algunos ejemplares concretos para ilustrar este punto.

Supóngase que hay un incremento de recursos productivos que permiten acrecentar las exportaciones o la producción sustitutiva de bienes importados³. Supóngase, además, que el costo de esta producción sustitutiva es superior en 40% al precio de estos últimos. Para compensar este mayor costo se acude entonces a devaluar la moneda en la medida necesaria para posibilitar la sustitución y estimular simultáneamente las exportaciones.

Los partidarios de las teorías convencionales suelen considerar que la devaluación⁴ es el instrumento del que se valen las leyes del mercado para cumplir sus designios; instrumento que, por cierto, no surge del juego espontáneo de aquel, sino de la decisión deliberada de los respon-

sables de la política económica. Pero no nos detengamos en estas sutilezas. Nótese, eso sí, que la devaluación ocasiona el descenso de los salarios reales, y es condición de la eficacia que se persigue evitar que estos vuelvan a aumentar.

Un alza de las monedas extranjeras de 40%, además de estimular las actividades sustitutivas, traerá consigo la elevación de los precios internos de las exportaciones, alentando en esta forma el incremento de la producción primaria exportable.

Ahora bien, si la elasticidad de esta última fuera tal que por cada 1% de incremento en la cantidad la disminución de los precios provocase un quebranto de 0.4%, de reducirá también en 40% el valor de las exportaciones. Sería por tanto indiferencia, desde el punto de vista de la racionalidad colectiva, que el incremento de recursos productivos se dedicara a la exportación o a la actividad sustitutiva, o se combinara entre ambas. Pero esto sería una coincidencia accidental.

En realidad, la tendencia a la rebaja de los precios suele ser mucho más pronunciada que la que aparece en el ejemplo. No es infrecuente que por cada 1% de aumento de la cantidad exportada más allá del límite consabido, los precios tiendan a caer en una

3 Por simplicidad de razonamiento no se ha considerado la proporción del componente importado en uno y otro caso.

4 Conviene distinguir esta devaluación de la que se impone por la inflación cuando los precios internos sobrepasan a los internacionales.

proporción similar o mayor todavía, de tal modo que el efecto del aumento de la cantidad se perdería o se experimentaría un quebranto mayor aún. Esto ocurriría en todos los casos en que la rebaja de los precios fuera más intensa que la que hubiera provocado dicho quebranto de 40%.

Este argumento podría generalizarse diciendo que convendría sustituir toda vez que la elasticidad costo de la producción sustitutiva fuese inferior a la elasticidad precio de las exportaciones.

No hay, desde luego, en la devaluación ningún principio selectivo. Se estimulan todas las exportaciones como consecuencia de la devaluación, y el alza correlativa de precios internos, cualquiera sea la diferencia de elasticidad. De tal suerte que si la elasticidad precio de las exportaciones fuera superior a la elasticidad costo de la sustitución, la pérdida de valor de aquéllas sería mayor que el quebranto en que se incurre con la producción sustitutiva.

Obsérvese de paso que la pérdida o el quebranto no son netos, sino que se refieren al incremento de producción que se exporta o al de la producción sustitutiva.

En rigor se trata de la pérdida o quebranto en que la periferia debe incurrir para acrecentar su producto global con ritmo superior al producto de sus exportaciones e ir absorbiendo, en esta forma, la fuerza de trabajo que éstas no emplean. El aumento resultante en los bienes industriales

permite satisfacer así la demanda creciente de los mismos que acompaña al desarrollo.

La ventaja neta de la periferia consiste en reducir al mínimo esta pérdida o quebranto comparada con el incremento del producto global que la industrialización ocasiona.

De donde las ventajas de una protección que se establezca solamente en la medida requerida para cubrir las diferencias de costos. Y no tendría por qué ir acompañada de la degradación de las exportaciones. Pero los economistas neoclásicos no se resignan a reconocer las fallas de las leyes del mercado, y para evitar los efectos negativos de la devaluación sobre las exportaciones, suelen preconizar un gravamen que capte el aumento de los precios de las exportaciones primarias expuestas al quebranto. Por donde aparece una sorprendente inconsistencia. ¡Suelen rechazar la protección, porque ella interfiere en las leyes del mercado, en tanto que se postula un gravamen, que es otra forma de violarlas!

Si seguimos el hilo de los razonamientos neoclásicos, aparece otro aspecto muy sugestivo. La devaluación, además de sus efectos exteriores, aumenta el excedente en toda la producción destinada al mercado interno. No habría que preocuparse, a la luz de aquellos razonamientos, pues el juego de la competencia hará disminuir los precios. La rebaja no ocurriría, sin embargo, en los bienes cuya devaluación hubiere compensado las diferencias de costos con las importaciones; lo cual significa que, en

última instancia, el efecto sería exactamente igual que el de una protección equivalente al de la devaluación. ¿Para qué, entonces, trastornar todo el sistema interno de costos y precios?

Sin embargo, la realidad no actúa como aparece en esos razonamientos, pues el excedente, así acrecentado por la devaluación y el alza de precios, no se traspasa a la colectividad, sino que queda en las manos de los propietarios de los medios productivos y de los estratos que van adquiriendo poder sindical y político.

¿Qué sucede, de todos modos, con el excedente cuando descienden los precios de las exportaciones? El excedente se desplaza hacia el exterior, aumenando la proporción que del mismo corresponde a las empresas que emplean los productos primarios considerados, o disminuyendo los precios, según sea la respectiva elasticidad ingreso de la demanda.

4. Diversidad de situaciones periféricas

Hasta ahora hemos considerado la periferia en su conjunto para explicar las consecuencias desfavorables de su disparidad estructural con los centros en materia de relaciones comerciales con estos. Pero lógicamente la situación de los diferentes países que aquélla abarca es muy variada; hay países cuyas exportaciones tienen mucho peso en el mercado mundial y otros cuya influencia es insignificante. Los primeros están muy expuestos al deterioro, lo que no ocurre con los otros, que podrían aumentar sus exportaciones con bastante

intensidad relativa sin desmedro de sus precios. Aunque por supuesto no podrán evitar las consecuencias adversas del deterioro registrado en los primeros. Ahora bien, entre otros casos extremos hay toda una gama de situaciones intermedias.

Estas diferencias, sin embargo, no significan que la industrialización deje de ser una exigencia ineludible del desarrollo periférico en el caso que se acaba de mencionar. Antes bien, afectan a la amplitud y modalidad de la industrialización.

Así, en los países que tienen escasa gravitación en el mercado mundial son más amplias que en los otros las posibilidades de expandir las exportaciones primarias. Posibilidades amplias pero no indefinidas, puesto que se opone a ello la limitación de sus recursos naturales, por más que el progreso técnico pueda aumentar la productividad. Llega un momento en que la expansión de la productividad tropieza con costos crecientes que debilitan la economía de las exportaciones frente a la conveniencia de la industrialización.

Pero hay además un justificado poderoso en favor de esta última. En efecto, las actividades exportadoras por lo general absorben una proporción relativamente pequeña de la fuerza de trabajo, sobre todo cuando se prolonga el progreso técnico. Aunque no se manifieste tendencia alguna al deterioro, se impone la industrialización para ir absorbiendo progresivamente, mediante la superposición de nuevas capas técnicas de creciente productividad, la

fuerza de trabajo de capas técnicas de mucho menor productividad, con el consiguiente acrecentamiento del producto global de la economía.

Para que ello puede cumplirse en condiciones de economicidad, es esencial que se acelere el ritmo de acumulación de capital para no sustraer recursos a la expansión de las actividades exportadoras y mientras éstas puedan seguir desenvolviéndose sin costos crecientes o quebrantos que superen el costo de la industrialización sustitutiva. Pero hasta ahora nada hemos dicho de la penetración del progreso técnico en las actividades exportadoras. El aumento de productividad que implica refuerza la tendencia al deterioro; y ello se debe a la competencia regresiva de la gran proporción de fuerza de trabajo empleada en las capas técnicas inferiores bajo el imperio de las leyes del mercado, como ya se ha explicado. Para que los países productores pudiesen retener el fruto de la mayor productividad sería necesario eliminar esa competencia regresiva, lo que sólo podría lograrse al cabo de un tiempo más o menos prolongado, mediante una más intensa acumulación de capital, a fin de emplear esa fuerza de trabajo en la industria y en otras actividades absorbentes. Pero mientras ello no ocurra en proporción suficiente, el fruto del progreso técnico en las actividades exportadoras tenderá a transferirse al exterior, de acuerdo con tales leyes, siempre que la demanda no haya crecido en la medida necesaria para absorber el incremento de producción.

La conclusión más importante de esta tesis del deterioro, que la CEPAL expuso ya en sus primeros años de actividad, radica en la necesidad ineludible de la industrialización. La industrialización iría absorbiendo, con creciente productividad, fuerza de trabajo de los estratos inferiores y elevando sus ingresos, y al mismo tiempo corrigiendo progresivamente la debilidad estructural de la periferia. Y a medida que esto se lograra, la periferia podría retener una proporción cada vez mayor del fruto del progreso técnico, en vez de transferirse por el deterioro bajo el imperio de las leyes del mercado.

La escasez de tierra, con relación al crecimiento de la demanda mundial, es también un factor muy importante que, en algunos casos, contribuye a contrarrestar la tendencia al deterioro relativo de los precios en el juego espontáneo de la economía. Que es lo que ha ocurrido en ciertas épocas con algunos productos de la zona templada; no así con los productos tropicales, a los que nos referimos un poco más adelante.

Pues bien, cuando hay escasez relativa de tierra con relación a la demanda, el aumento de productividad tiende a elevar la renta del suelo antes que transferirse mediante el deterioro de la relación de precios.

También puede ocurrir que parte de la mayor productividad se absorba interna o externamente en las actividades de

transporte y mercadeo, sobre todo cuando actúa asimismo en ellas el poder sindical en contraste con su debilidad en las actividades productivas.

Sin embargo, también puede suceder, y esto es muy importante, que el progreso técnico sea tan intenso que, no obstante la escasez de tierra reaparezca la tendencia al deterioro de la relación de precios.

En este sentido puede tener gran significación cierta experiencia de los centros. La vieja política de paridad de precios agrícolas e industriales en los Estados Unidos respondió al propósito de compensar el fenómeno del deterioro. Como tuvieron después la misma significación las medidas restrictivas de la producción mediante la disminución deliberada de las tierras bajo cultivo. Más aún, el primer acuerdo internacional del trigo, durante la gran depresión de los años treinta, también fue apoyado por los Estados Unidos para contrarrestar el juego espontáneo de las fuerzas del mercado.

Bien conocida es, por lo demás la política de los países de la Comunidad Económica Europea de oponerse al deterioro de la relación de precios provocado por el considerable aumento de su productividad agrícola. En realidad, la intensa absorción de fuerza de trabajo redundante proveniente de la agricultura no fue suficiente para contrarrestar esta tendencia al deterioro.

El caso de los productos agrícolas tropicales merece una mención especial. Desde los comienzos de su actividad exportadora en gran escala, la abundancia del mano de obra, así como la gran disponibilidad de tierras contribuyeron a que la relación de ingresos fuera desfavorable. Aunque esta relación no se hubiera deteriorado, ello plantea de todos modos un serio problema, pues esos factores han impedido que la relación de precios mejorara, dado su precario punto de partida, lo que podría suceder, con el transcurso del tiempo, si se intensiva la acumulación de capital y la capacidad absorbente del sistema, con la consiguiente elevación de los ingresos de la fuerza de trabajo en los países productores.

Las consideraciones que hemos enunciado acerca de la debilidad congénita de la periferia en el comercio internacional permiten comprender -en un sentido inverso- la superioridad de los centros. La elasticidad de la demanda está a su favor; las innovaciones técnicas y la diversificación de bienes industriales les permiten desenvolver su intercambio sin las serias dificultades que enfrentan la periferia por su retardo estructural. Las diferencias de elasticidad que puedan surgir entre tales centros se corrigen en un tiempo relativamente breve, en virtud de su similar densidad tecnológica y su capacidad de acumulación.

Explicase así la renovada influencia de las teorías convencionales del comercio

internacional que ha llevado a los centros de liberalizar su intercambio.

Entiéndase bien, sin embargo, el verdadero alcance de nuestras observaciones. No se trata de que las teorías convencionales del comercio internacional tengan validez para los centros y no la tengan para la periferia; poseen validez universal. Pero su aplicación a las relaciones centro-periferia exige corregir las consecuencias de la debilidad estructural de esta última, estableciendo condiciones donde el intercambio pueda desenvolverse con las ventajas recíprocas que aquellas teorías entrañan.

5. La hegemonía ideológica de los centros

No podría cerrar estas consideraciones sin recordar que la tesis primigenia de la CEPAL sobre el deterioro tuvo en los años iniciales un claro significado polémico. Sobre ella se basaba la necesidad ineludible de la industrialización. Y todavía estaba vigente el pretérito esquema de la división internacional del trabajo y más de un eminente profesor de los Estados Unidos - para no mentar a los gobiernos - denunciaba nuestra indigencia doctrinaria.

Bajo el imperio de las leyes del mercado, la periferia tendía a transferir a los centros, total o parcialmente, el fruto del progreso técnico incorporado a las activi-

dades exportadoras. Problema esencialmente estructural. Y no había otra solución de mayor economicidad que una industrialización racional; pero no la industrialización espontánea, sino la deliberada, con el apoyo de la protección, sino lo cual la tendencia al deterioro se acentuaría.

Era tanto más necesario defender esta tesis, cuanto que se seguía preconizando en los centros otra forma de desarrollo periférico, basada en el progreso técnico de las actividades exportadoras. Nueva versión de aquel pretérito esquema de la división internacional del trabajo.

Nadie podría negar, por cierto, la importancia de incorporar el progreso técnico a dichas actividades exportadoras. Pero nos preguntábamos entonces, y no sin cierta angustia, a quién beneficiaría si no hubiera medidas concomitantes para atenuar, por lo menos, la transferencia de sus frutos al exterior.

No se trata, sin embargo, de una posición de los centros superada por los acontecimientos. Aún hoy se siguen buscando nuevas combinaciones de intereses de centros y periferia que permitan explotar los recursos naturales de esta última para obtener productos primarios a bajos precios para aquellos⁵.

A decir verdad, es natural que en los centros se hayan encarado casi siempre

5 Recuérdese, en este sentido, la idea de creación de un banco de recursos naturales presentada por el Dr. Henry Kissinger, entonces Secretario de Estado de la Cuarta Conferencia de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas, reunida en Nairobi en mayo de 1976.

estos asuntos desde el punto de vista de sus intereses; intereses inmediatos antes que inspirados en criterios a largo alcance. Porque las leyes del mercado, ya lo dijimos, carecen de horizonte temporal, además de no tener horizonte social. Es cierto que en el mundo académico suelen perdurar arraigadas convicciones; pero tampoco cabe duda alguna que el prestigio de ciertas teorías se basa en gran parte en el hecho que responden a los intereses dominantes.

Ya mencionamos que los centros debieron encarar sus propios problemas de deterioro; y tuvieron que contrarrestar el juego espontáneo de las leyes del mercado. Pero al hacerlo quizás no hayan tenido conciencia de que las violaban. Los poderosos, por su parte, tampoco suelen tenerla frente a ciertos principios económicos que proclaman: ¡cuando dichos principios no les acomodan, suelen crear otros nuevos!

Dije también en otro pasaje que algunos economistas de los centros preconizan la devaluación en la periferia, no ya para corregir las consecuencias de una inflación, sino para conseguir la industrialización sin desmedro de las leyes del mercado. Esto, además de respetar aparentemene la ortodoxia, tiene para aquéllos la virtud de abaratar sus importaciones primarias.

Todo esto es muy comprensible desde el punto de vista de los centros, como lo es también aquella otra tesis de la internacionalización de la producción por obra y gracia de las transnacionales. Se internacionaliza con celeridad la demanda, pero mucho menos la producción.

De cualquier modo, la periferia no ha aprendido a escapar a la seducción de ciertas ideologías de los centros, cuya irradiación intelectual sigue siendo poderosa. Irradiación espontánea y también acción deliberada de propagación. Reflejos de una y otra aparecen en el caso de las teorías neoclásicas.

Confío en que estas páginas contribuyan, por lo menos, a sembrar algunas dudas acerca de su validez en la periferia. Sería tal vez una forma de emprender los primeros pasos a través de un largo y difícil camino: el camino de la autenticidad del desarrollo.

III. LAS CONTRADICCIONES DEL LIBERALISMO

1. Las concepciones del liberalismo

El liberalismo político y el económico dimanaban de una misma vertiente filosófica.

Quizás por haber sido presentada a último momento y sin preparación previa, esta idea no fue considerada por la Conferencia. Personalmente yo estaba convencido, sin embargo, que poseía algún mérito por cuanto, bien elaborada, podría significar nuevas formas de negociación y obtención de recursos financieros tendientes a aumentar la producción en la periferia y a armonizar intereses sobre las bases equitativas. Por eso mismo no dejó de desconcertarme una declaración del mismo Dr. Kissinger, después de dejar la Secretaría de Estado, según la cual esta idea permitiría a los centros obtener a bajos precios los productos minerales que necesitaban para su desarrollo. Es decir, ¡progreso técnico y deterioro de los precios!

Reflejan sentimientos y aspiraciones humanas seculares que han venido manifestándose a lo largo de la historia, abriéndose paso con enormes dificultades, avances y repliegues. Muy accidentado, y a veces muy cuento, ha sido este proceso y la lucha inseparable por los derechos humanos. Y por mucho que tengan que avanzar todavía las instituciones democráticas en los centros, lo que se ha logrado es de tanto significado humano que parecería definitivo o irreversible, aunque expuesto siempre a retrocesos.

Las ideas del liberalismo político, que tanto influyeron en la organización constitucional de nuestros países, constituyen otra de las valiosas aportaciones de los centros al desenvolvimiento de la periferia latinoamericana.

En su lucha histórica, el liberalismo político reacciona contra la concentración del poder y sus abusos y arbitrariedades, defiende la libertad del individuo y el respecto y afianzamiento de sus derechos fundamentales.

La esencia del liberalismo económico es también la libertad del individuo. Esa libertad que, guiada por el interés personal, permitiría, según sus teóricos, conseguir claros objetivos concernientes al bien colectivo: eficiencia productiva y equidad distributiva, por una parte; y, por otra, la dispersión del poder económico mediante el juego de la competencia entre innumerables empresas.

En su concepción primigenia, era en realidad perfecta la correspondencia filosófica entre las dos corrientes del liberalismo.

De donde la importancia fundamental del concepto de libertad económica y su significación política. El Estado no necesitaba intervenir para regular la producción ni la distribución del ingreso, pues la libre iniciativa y la competencia tendían continuamente a lograr la solución más adecuada desde el punto de vista colectivo.

Exento de toda responsabilidad en la vida económica, como no fuera evitar las restricciones o la eliminación de la competencia, el Estado prescindente podía consagrarse al pleno cumplimiento de las funciones esenciales que le atribuía la teoría política del liberalismo.

Pero muy larga y accidentada fue también en la periferia latinoamericana la trayectoria del liberalismo político y su evolución democrática. Las ideas liberales tuvieron que vencer también allí obstáculos muy poderosos y estuvieron y siguen estando expuestas a grandes y penosas vicisitudes. Hubo en todo ello ilusiones y realismo, mas también pruebas frecuentes y notorias de inmadurez. Anarquía y eferescencia popular y autoritarismo represivo; lucha por el poder donde se combinan grandes designios y el propósito de lograr las ventajas de aquél; combate que se expresa en la contienda electoral o en el empleo de la fuerza, como por parte de quienes la tienen en sus manos, o por parte

de quienes se valen de estos para realizar sus aspiraciones o satisfacer sus intereses y ambiciones.

Hay importantes elementos en ese trasfondo histórico que siguen proyectándose hasta nuestros días. Debo subrayarlo por lo mismo que trato de demostrar aquí el surgimiento de nuevos fenómenos de carácter estructural que no se habían dado en tiempos pretéritos. Y no creo que hasta tiempos relativamente recientes haya podido percibirse con claridad aquella contradirección entre el avance democrático y las formas de acumulación y distribución que caracterizan al capitalismo periférico en el curso de las mutaciones de la estructura social.

Algunos de los elementos perceptibles en el trasfondo histórico posiblemente se hayan atenuado, en tanto que otros se ocultan bajo la superficie de los acontecimientos. Pero esas mutaciones estructurales tienen un papel dominante; y en la crisis del sistema terminan por tornar incompatible el liberalismo democrático con el liberalismo económico.

No puede negarse que el liberalismo democrático en la periferia tiene aún mucho camino por delante. Pero no se trata de un simple texto constitucional; es algo más. Su plena vigencia requiere cambios institucionales, educación de masas y dirigentes, y también nuevas actitudes. Pero se corre el riesgo, el gran riesgo, de caer en nuevas ilusiones si, al emprender esas reformas,

se sigue eludiendo reconocer las grandes fallas y contradicciones del desarrollo periférico. Y mal podríamos reconocerlo mientras el sistema se siga observando bajo el prisma del liberalismo económico; porque su concepto originario, que se renueva en el refloramiento de las teorías neoclásicas, se ha falseado esencialmente y no refleja la realidad periférica. Por lo demás, tampoco considero que jamás la haya reflejado, si bien en otras fases estructurales pudo creerse en cierta adecuación con la realidad.

2. El falseamiento del liberalismo económico

Se ha falseado el liberalismo económico en tres puntos principales, que conviene recordar aquí siquiera muy escuetamente. Me refiero a la concentración del poder, y sus graves consecuencias; al papel regulador del mercado y a la movilidad social.

La concentración del poder económico no responde tanto a un propósito deliberado como el funcionamiento mismo del sistema. Es consecuencia de la penetración de la técnica de los centros en la estructura social de la periferia.

De allí surgen el excedente y las grandes desigualdades distributivas que, en el marco de las mutaciones estructurales, privan al mercado del papel regulador que se le atribuye en beneficio de toda la colectividad. No regula la acumulación de capital ni la distribución del ingreso; y estas graves fallas imprimen al capitalismo periférico su

carácter excluyente, y también conflictivo cuando, frente al poder económico, se levanta el poder sindical y político de la fuerza de trabajo. Sentido excluyente, sobre todo de los estratos inferiores de ingresos, que permanecen al margen del desarrollo. La libertad económica es allí libertad de ser pobre. La libertad política no es otra cosa que la libertad de decidir sin tener medios efectivos de discernimiento. Y la vigencia de otros derechos fundamentales, siguen siendo un convencionalismo retórico, mientras haya estratos sociales sumergidos en la ignorancia y la indignancia, como son una quimera los conceptos vitales de igualdad de oportunidades y movilidad social.

La movilidad social, en la concepción del liberalismo, lleva a los más capaces y eficientes a la cúspide del sistema. Suele darse sin duda alguna; pero queda al margen una extensa masa humana, pues el poder económico y social favorece a unos en detrimento de otros. No hay tal igualdad de oportunidades, Y quienes trasponen obstáculos y estratos, se insertan en el sistema, miran hacia arriba, las ventajas que les ofrece la sociedad privilegiada de consumo, y no hacia abajo, de donde proceden.

En todo esto hay que distinguir entre esos derechos humanos fundamentales y la forma como se ha comprometido o falseado su vigencia debido a la estructura social. Y esto no podría separarse del problema trascendental de la libertad. La libertad de la gente de hacer lo que le parezca más conveniente mientras no afecte la libertad

de los demás. Es éste un viejo principio de valor humano imponderable; y al decir valor humano ya estoy definiendo su verdadero significado; el de la propia determinación. Determinar libremente su conducta sin obedecer la imposición de una autoridad superior o suprema.

He aquí la gran tragedia intelectual y moral del liberalismo económico: no haber advertido que la libertad económica de los individuos no podría funcionar tal como sus teóricos lo habían supuesto.

Uno de los más graves errores -sin duda el más importante- de dichas teorías consistió en admitir en abstracto el juego de la libertad económica y no referido al sistema concreto donde aquélla se desenvuelve. Se concibe una transformación en la cual el juego de la libertad económica logra adquirir una significación completamente diferente; una significación que se aproxima a la que teóricamente se había concebido.

3. El liberalismo democrático en los centros y en la periferia.

En los centros el proceso de democratización, a la luz de la experiencia, se fue traduciendo en cambios institucionales y jurídicos que tratan de corregir innegables deficiencias. Pero acaso la falla más importante en el proceso se encuentra en las consecuencias directas e indirectas del juego de relaciones de poder. No cabe duda que los mecanismos de la democracia representativa funciona con toda regula-

ridad y que se respetan efectivamente los derechos humanos. Pero tampoco podría negarse la concentración del capital, y la influencia considerable de grandes y complejos intereses sobre la formación de la conciencia pública por su ascendiente sobre la prensa y demás medios de difusión masiva, por los subsidios y los partidos políticos y por la estrecha vinculación de tales intereses con los dirigentes políticos.

En la periferia, la concentración de capital, que se supone a la de la tierra, otorga un considerable poder político a los estratos superiores. Trátase, según sabemos, de un fenómeno estrechamente vinculado a la estructura social y a sus mutaciones. Durante las etapas de crecimiento hacia afuera el juego político se desenvolvía entre los diversos grupos de los estratos superiores con alguna intervención de las incipientes clases medias, combinado con apelaciones intermitentes de las facciones rivales a las masas delegadas. En el curso ulterior del desarrollo aquellas mutaciones estructurales han tendido cada vez más hacia el compartimiento del poder político con los estratos inferiores, ante todo los intermedios. Los estratos superiores harán cuanto esté a su alcance para contener, 'manipular' e influir sobre el poder político de los estratos intermedios y cooptar sus dirigentes. Sin embargo, la ampliación de los estratos intermedios, su creciente concentración urbana y el desenvolvimiento de los medios masivos de difusión social terminarán por abrir ancho cauce al avance democrático.

Es un cauce a través del cual se expresan sentimientos, aspiraciones e intereses de los estratos desfavorecidos. Todo esto impulsa la dinámica política de estos estratos, y su aspiración de elegir libremente sus representantes y ser elegidos. Ahora bien, este impulso, no tarda en adquirir significación redistributiva con el desenvolvimiento del poder sindical y político de la fuerza de trabajo que le acompaña. Y así, debido fundamentalmente a las mutaciones estructurales, las instituciones del liberalismo democrático que irradian los centros alcanzan un nuevo sentido, se despliegan en un nuevo horizonte social.

En esto, como en otros aspectos, el capitalismo periférico adquiere ciertas características de los centros, no obstante las grandes diferencias estructurales.

Ello se manifiesta principalmene en la pugna distributiva y llega con la marcha del tiempo a problemas cada vez más agudos en el proceso político. Más aún, tal pugna es mucho más intensa en la periferia, dadas las grandes desigualdades y la notoria insuficiencia de manteria distribuible. Y así el fenómeno de inflación crónica al que está llevando esa tendencia, se manifiesta en estas latitudes con extraordinaria intensidad. En rigor se anticipa a los centros. ¡Cabe por tanto a la periferia latinoamericana el dudoso mérito de ser precursora!.

De esta manera se plantea un problema muy grave que la democracia representativa aún no pudo resolver.

Caen por cierto en un lamentable error quienes atribuyen al juego democrático el origen de la pugna distributiva en los estratos intermedios, así como la efervescencia social y política de los estratos inferiores. El origen está en las grandes fallas del sistema. Yo diría más bien que el juego de la democracia representativa pone de manifiesto esas fallas, pero no ha podido resolverlas ni ha demostrado tampoco su capacidad para encarar el problema de la acumulación. Pero de todos modos, prevengámonos a tiempo de inferir que ello se debe a defectos del proceso democrático, que existen, sin duda alguna.

4. El empleo de la fuerza y las opciones frente a la crisis del sistema

Y aquí llegamos a un aspecto cuya comprensión es de primordial importancia para interpretar la dinámica del capitalismo periférico. La pugna distributiva no puede continuar indefinidamente, pues el compartimiento del excedente sólo podrá satisfacerse mientras su cuantía global crezca por lo menos con un ritmo igual al del producto global.

Si se traspasa este límite, las empresas tratarán de elevar sus precios para resarcirse, con lo cual se inicia la espiral inflacionaria o se acentúa si ya se desenvolvían formas pretéritas de inflación; todo esto ya lo conocemos por experiencia. Como

también sabemos que más allá de ese límite el excedente no admite compromiso, no porque se carezca de margen suficiente para hacerlo, sino porque los estratos superiores no están dispuesto a admitir el desmoronamiento de la sociedad privilegiada de consumo. En tales circunstancias las reglas de juego monetario se tornan inaplicables, pues, fatalmente, la autoridad monetaria ebe resignarse a la espiral inflacionaria, con todos sus crecientes trastornos, por más que trate de reprimir algunas de sus manifestaciones más agudas.

Tarde o temprano sobreviene el empleo de la fuerza. Acaso más tarde que temprano, cuando la pugna distributiva se alivia por disponer de cuantiosos fondos provenientes de la explotación de recursos naturales. Al empleo de la fuerza se le presentan sólo dos opciones principales: sofocar el poder sindical y político de las masas para frenar y eventualmente eliminar la espiral, o concentrar los medios productivos en manos del Estado para decidir, desde la cúspide, el nuevo sistema y el destino del excedente.

Por supuesto que tanto una como otra opción son incompatibles con el avance de la democratización.

Opciones son éstas diametralmente diferentes, pues la primera se inspira en el restablecimiento, si no la exaltación, de la

sociedad de consumo y para ello acude al liberalismo económico sacrificando el liberalismo político. En tanto que la segunda opción sacrifica ambos liberalismos, guiada por concepciones que se apartan fundamentalmente de la vertiente filosófica de la que surgieron, pues la concentración del poder económico y político en manos del Estado Significa, necesariamente, abandonar los principios mismos del liberalismo político y las concepciones democráticas que de éste proceden. Se imponen por tanto concepciones fundamentalmente diferentes de la democratización.

Sin embargo, cualquiera sea su valor intrínseco, la influencia de esas ideologías en la periferia constituye una clara manifestación de un fenómeno histórico persistente de dependencia ideológica de los centros, una forma de dependencia que, por su mismo fervor doctrinario, contribuye a sofocar la búsqueda de autenticidad en las grandes decisiones del desarrollo.

No se trata solamente de un comprensible fenómeno de irradiación intelectual, sino también de propagación deliberada, como que el ancho campo de la periferia latinoamericana está abierto al esfuerzo persistente, realizado desde las dos potencias hegemónicas, aunque movidas por diversos intereses, para difundir sus ideologías. Esto es, ideologías y la selección

de informaciones que las sustentan. Por lo tanto, cuesta mucho comprender objetivamente el curso de los acontecimientos y abarcar su significación. En el plano internacional asistimos al fortalecimiento de la eficacia de los medios de comunicación y difusión social, proceso donde se pone nuevamente de manifiesto la ambivalencia de la técnica, su capacidad para alcanzar tanto logros positivos como otros negativos y perturbadores.

Nada fácil es vencer esa y otras formas de dependencia en la praxis del desarrollo. Pero admitamos también que son muy vastas las posibilidades, en el plano intelectual, de buscar opciones auténticas.

El empleo de la fuerza no puede mantenerse indefinidamente. ¿Qué hacer después? ¿Serán suficientes reformas institucionales en el campo político? Como tengo dicho anteriormente, no caben reformas institucionales que se sustentan sobre las fallas fundamentales del sistema. Debe irse al fondo del mismo, pero inspirándose siempre en aquellos grandes valores, sin los cuales el desarrollo carecerá de significación humana.

Tal es la complejidad presente del desarrollo y la interdependencia de sus elementos integrantes. Se necesita la transformación del sistema. Y el punto de partida debe ser una síntesis donde, más allá de

la marea ideológica, se combinen ciertos principios irrenunciables del liberalismo político con formas genuinas de libertad económica, que es un elemento integrante e insuperable del concepto esencial de libertad. Libertad económica de los individuos y de las empresas, de grandes empresas que se emancipan tanto del poder de los propietarios del capital como del poder del Estado, dentro de nuevas normas de convivencia colectiva. Que el

liberalismo se haya adulterado en el proceso del desarrollo capitalista de la periferia no podría ser en modo alguno un justificativo válido para sacrificar todo lo que significa. Por el contrario, y esto lo afirmo sin reticencias: no podrán alcanzarse esos grandes designios en un capitalismo imitativo que, al pretender desenvolverse a imagen y semejanza del de los centros, sólo puede subsistir a la larga con el naufragio de los derechos humanos y la consagración de la inequidad social.

